

## La ruta del carbón

## DIALOGO CON SEISCIENTOS MINEROS

Por MARINO GOMEZ-SANTOS

La carretera minera va retorciéndose, como una culebra, monte arriba. El viajero se mete en el laberinto a la buena de Dios. Hace frío, y el cielo, de color de humo de puro, amenaza con un chubasco. Las gentes del pueblo se quedan mirando al viajero, como si llevase algo en la cara. A la puerta de una casuca, pinta de un horrible azul, una mujer cepilla un pantalón gris; en la casa próxima, de una sola planta, hay una vieja sentada en una silla baja, peinando a una chica y haciéndole trenzas; un hombre desgredado saca una palangana por un ventanuco y arroja el agua sucia en medio de la carretera. Chicos mocosos hacen piruetas en medio del camino. Mujeres con delantal entran en las tiendas y salen con pequeñas sacas de legumbres.

Por una rampa, el viajero va a dar a unas huertas, y de allí sale al tendido del ferrocarril. Caminando, aunque mas bien saltando de traviesa en traviesa, llega a un lavadero de carbón, donde una mujer, alta y desgarrada, apalea el mineral, mientras fuma un pitillo negro.

La apaleadora, al ver al viajero, quita el pitillo de los labios y se lo guarda en el cuenco de la mano, llevándose ésta a la espalda. El viajero, al pasar junto a ella, da los buenos días y se queda contemplando el mecanismo del lavadero.

Hay un pequeño diálogo. La mujer pregunta al viajero que si va al pozo de Llascaras. El viajero le dice que va al de Santa Eulalia.

—Entonces, tiene que cruzar la vía del ferrocarril.

Se establece la confianza.

La mujer de la pala larga se mira el abrigo desgarrado y chupa del cigarro.

—Aquí fumamos como las de la capital.

—Están ustedes en su derecho. Lo que observo es que los cigarros son negros.

—A los que somos fumadores nos gusta así; cuanto más fuerte, mejor.

—¿Y cuántos pitillos fuma usted diariamente?

—Hombre, según. Hay días que una cajetilla y otros que dos.

El castillete del pozo Santa Eulalia se ve desde el lavadero. Está bastante alto, y para subir hasta allí hay que ascender por una escalera de cemento que arranca de los cargaderos. Pero el viajero no tiene prisa y se queda contemplando el panorama.

A la altura de los cargaderos, la Duro-Felguera puede verse entre escombros de pizarra que forman montañas oscuras, por cuyas gibas andan lentamente trenes de vagones de escombros y un hormiguero de hombres que hacen las vasculaciones.

Con el viajero está el apoderado del pozo Santa Eulalia, que se llama Marino Gutiérrez Suárez, y que es hombre joven, vestido con traje oscuro de faena y una boina pequeña, como un soldado, en el cogote.

Marino Gutiérrez Suárez ha trabajado seis años en el interior y es un gran conocedor de todo lo que le interesa al viajero.

Sin esperar a que le pregunten, el apoderado le da una vuelta completa al solideo y le dice al viajero:

—Puede usted decir que aquí hay 640 obreros y una producción diaria de 430 toneladas.

Junto al ascensor del pozo, voces de órdenes salen de allá abajo.

—Quisiera hablar con el picador que más rendimiento dé.

—Ahora mismo le llamo.

De la jaula salen obreros que van hacia la lampistería. En un momento se llena el lugar de hombres cómicamente tiznados, en los cuales destaca el blanco de los ojos.

—Ahí está el picador.

El picador se llama José Antonio García Somonte y es un mozo de treinta años, casado y padre de un único hijo.

José Antonio García Somonte es hombre fuerte y simpático. Según nos dice el apoderado, sus haberes mensuales serán las seis mil pesetas, un duro más o menos.

Al visitante le rodea un grupo nutrido de mineros.

Uno dice:

—¿Que si nos acostumbramos a bajar a la mina? ¡Ya lo creo! Los que somos mineros de verdad, mineros de alma minera, queremos más trabajar en la mina que en el exterior, aunque ganemos lo mismo. Por el verano está fresco allá abajo; por el invierno no llueve ni se siente el frío.

Otro observa:

—Bueno. Ramón, no hace frío porque no comemos como los de la capital.

Y dirigiéndose al viajero:

—Nosotros vivimos a base de tocino y de cocidos grasientos. El tocino lo tomamos crudo, con vino abundante y pan... sin tasa.

Las jornadas son de ocho horas; los que van a destajo cobran por metros de avance.

—Por las mañanas vamos parando en los «chigres» que encontramos en el camino, y en cada uno tomamos una copa de orujo.

El apoderado Manuel Gutiérrez Suárez interviene.

—A muchos le recoge un camión de la Empresa, que va a buscarlos a catorce kilómetros; otros vienen en el ferrocarril de Langreo, que es muy económico.

El visitante pregunta a los mineros que si alguno sabe cuántas tabernas hay en el Ayuntamiento de Langreo.

A la pregunta quieren responder todos. Uno se adelanta del grupo y, apoyándose en el bastón, dice titubeando:

—En Sama hay... setenta y seis; en La Felguera, más de... cien. Pueden calcularse... unas doscientas entre el extrarradio y el casco de población.

Los mineros hablan muy bien; se ven cabezas bien organizadas que discurren con amplitud de conceptos.

El visitante, preguntón profesional, tiene curiosidad por saber cómo viven los mineros.

Uno de los del grupo se vuelve de espalda y apunta con el bastón hacia lo alto del valle. El visitante ve dos grupos de viviendas amplias, con balcones corridos y ventanas grandes.

El apoderado, Manuel Gutiérrez Suárez se adelanta también y explica al visitante:

—Son dos grupos de viviendas protegidas; las hizo el Instituto de la Vivienda, en colaboración con el Ayuntamiento de Langreo y Empresas.

El promedio de los jornales, según le dicen al viajero, oscila entre las 2.500 y las 3.000 pesetas.

—Los mineros viven mejor que nosotros, los empleados. Usted calcule que hay muchas casas donde son tres hijos mineros, además del padre. Poniendo, por poco, a tres mil pesetas cada uno, son doce mil, y eso, en un hogar obrero, está muy bien.

Los domingos van a la capital. Alquilan autobuses. Organizan espléndidas meriendas y se gastan el dinero.

—El minero viste y calza bien—observa el viajero.

—En eso, sí, señor; iguales que los de la capital.

Visitantes y obreros bajan hacia La Felguera.

Por el camino:

—¿Cuántos pozos habrá en el Ayuntamiento de Langreo?

—Más de una docena.

—¿Y cines?

—Nueve. Cuando hay una película regular hay que sacar las localidades con ocho días de anticipación, y eso que valen a seis o siete pesetas.

El visitante pregunta que si sigue la afición al juego de bolos. Contesta un minero joven, de unos veinte años.

—Hay más afición al fútbol.

En los días de fiesta, los mineros también juegan sus partidos de fútbol, enfrentándose los obreros de un pozo contra los de otro, o, simplemente, los barrenistas contra los picadores.

En los días festivos los mineros beben sidra, cantan asturianadas, ballan y juegan a las cartas.

La Arcadia feliz está también entre estos valles, tapizados con tapetes de billar añadidos. Está en un rincón del mapa de España, entre fresnos y robles, bajo una estrella que a los asturianos guía.

3.IX - 1954